

MALDITO DUENDE

No te sentías orgulloso de ello. Dejaste caer el cuchillo al suelo y te desplomaste sobre tus rodillas. La visión de tus manos manchadas de sangre te producía un nudo en el estómago y te cortaba la respiración. Explotaste.

- ¡Qué he hecho!;Pero por qué lo he hecho! ¡Tú me obligaste! ¡Maldito seas!
¡Todo es tu culpa!

- ¿Quieres dejar de lloriquear como una niña a la que han quitado el bocado? Se lo merecía. ¿Qué es lo que era? Lo sabes. Vaya si lo sabes. Y sabes que se lo merecía. Sólo la colocaste donde tenía que estar. Hiciste lo que debías.

Aún oías sus gritos mientras corría con el cuchillo clavado en el vientre, resbalándose con su propia sangre.

- ¡Cállate! ¡Cierra la boca! Es la culpable de todo, sí, ¡tú y tu maldita boca!

- Tú y ese miedo que tienes a salirte de esa estúpida moral de compasión y piedad. Piensa como debes. Sé objetivo por una vez en tu insulsa vida. Gentuza como esa no es más que desecho, lo único que hacen es estropear el conjunto de la humanidad, perjudicarla. Pronto aprenderás a mirar las cosas de ese modo. Pronto te sentirás orgulloso de pasar la guadaña por quien lo merece.

Aún fue peor escuchar el burbujeo de su rebanada garganta cuando trataba de articular algo inteligible.

- ¡Maldito sea el día en que apareciste! ¡Maldito sea! ¿Pero por qué yo? ¿Por qué tuviste que venir a mí?

- Ya llegará un día en que lo verás de otro modo. Quizás para ser tan sólo tu segunda vez los lloriqueos no son para tanto. Aún fue peor la primera. Vuelve a casa y lava toda esa sangre, no sea que encima te descubran.

Por no mencionar su mirada, cuando, incapaz de hablar y aferrada a tus brazos, te suplicaba con unos ojos que naufragaban en una impotencia y temor indescritibles. Eso fue más afilado que cualquier cuchillo.

- Nunca quise, nunca. Tú y tu maldita palabrería. Tu maldita voz, trepanándose una y otra vez. Sólo deseaba que callaras. Yo nunca quise, nunca...

No. Nunca quisiste. Tú nunca quisiste nada en tu vida. Simplemente te tumbaste inmóvil en el río y dejaste que la corriente te arrastrara. Estudiaste por pura inercia. Tu mente nunca ha sido demasiado limitado, y esa capacidad junto a la generosa economía de tu familia te permitió prosperar con rapidez y en pocos años alcanzar un excelente puesto de trabajo que te destinó a París, la ciudad con la que soñabas de niño. ¿Por qué remar observando la benevolencia de la corriente? Seguiste ascendiendo, te casaste, tuviste hijos. ¿Qué más pedir? ¿Tocabas la felicidad? Tampoco te lo planteaste nunca. Pero pronto llegaron corrientes menos benevolentes. Una cena de empresa. Gente de alto nivel, platos inverosímiles, contratos tentadores, de pronto una llamada. Acudiste con prisa al hospital. No tardaron en bajarte al tanatorio. Tu mujer e hijos. Muertos. Cubiertos por una sábana, inexpresivos, inmóviles, incoloros. Un conductor borracho no calculó bien el tiempo de frenada. No lo calumnies. Estaba en el cajón de al lado.

Toda estructura vital que parecías poseer se desmoronó entonces. Te hundiste en unas aguas turbulentas, no podías controlar nada, no sabías qué dirección seguir, y cada vez llegabas más y más hondo. Se te hacía imposible pasear por las bellas calles parisinas sin romper a llorar, no podías asomarte al Sena sin desear que la barandilla cediera y te llevara con ella hacia aguas que te hundieran para siempre. La tensión interior distorsionaba cada mañana tu figura ante el espejo. Externa e internamente. Huir. ¿Por qué no? Al menos por el momento. Y así lo hiciste. Recordaste esa preciosa casita en medio de la campiña que perteneció a tu abuelo y al suyo. Ahora era tuya. El

perfecto centro de desintoxicación. Vida nueva. No conocías a nadie, no conocías nada. De tu pasado sólo el dinero necesario para pasar una temporada sabática sin escasez.

Parecía de postal. Un vastísimo campo verde, eternamente húmedo, rodeado de bellas montañas, con un cielo siempre encapotado, pero de manera encantadora. Y entre todo aquello, tu preciosa casita de muros claros y tejado de pizarra. La balsa que te sacaría a flote.

Los días transcurrieron con una monotonía para nada incómoda, puesto que en todo momento te sentías con el control de cambiar el rumbo hacia donde te apeteciera. Paseos hasta el pueblo, algo de charla allí, comida casera, más paseo, y una agradable noche junto a la lumbre devorando las más brillantes perlas literarias. En no mucho tiempo olvidaste todo, alguna noche, el levantar de una sábana te descubría un violento accidente de coche, pero una sola mirada por la ventana y la vista del virginal prado borraba de tu aturdida mente toda retazo de incómoda pesadilla.

Un día decidiste bajar a la bodega, un cuarto subterráneo cerrado a cal y canto que en otro tiempo fermentó litros y litros de mosto y que actualmente cumplía la función de biblioteca, al igual que el salón y otras habitaciones de la casa. Las numerosas estanterías estaban ocupadas por libros bastante antiguos a juzgar por su estado, quizás potenciado por la pesada humedad de allí abajo. De todos modos creías recordar a un abuelo bastante aficionado a las antigüedades en general. Entre montón y montón de polvo, descubriste uno que te llamó la atención en especial. “Seres mitológicos de estas nuestras tierras” Mitología. Una de tus pasiones de niño. Cómo te encogías de temor mientras tu abuelo te relataba aquellas historias a la luz parpadeante del fuego de la chimenea. No estaría mal recordar aquellos tiempos felices. Sin embargo ese libro no debería haberse movido jamás de esa carcomida estantería y en cierto modo lo sabías. Aquella noche apenas cenaste, deseoso de tu ritual nocturno. Hojear, leer,

devorar aquel libro, y soñar, sobretodo soñar, con criaturas fantásticas, con mundos increíbles, con hazañas inverosímiles, todo persiguiendo un mismo objetivo latente, huir, huir de la realidad que asfixiaba tu subconsciente, tu propia realidad oculta. Pero, ¡ay, cuando la fantasía se mezcla con la realidad!

Disfrutaste como el niño que fuiste leyendo aquellas historias de Leviatán acechando bajo los mares, el gigantesco Kraken devorando barcos o los temibles basiliscos buscando con insistencia tu mirar. Tu imaginación nunca fue muy brillante, pero los bellos grabados que acompañaban los textos te ayudaron a crear imágenes en tu mente, imágenes con un realismo cada vez más peligroso.

Te deberías haber quedado en los licántropos, haberte rendido al sueño. Sí, los licántropos era suficiente por aquella noche. Pero pasaste de página. Elfos. Fuiste mujer de Lot, estatua de sal al observar aquel grabado frente a ti. Eran los elfos nocturnos, no los simpáticos duendecillos, sino aquellos que el folclore denomina “traviesos”. Pero la cara de aquel no era en absoluto de travieso. La página derecha mostraba a un deforme humanoide de cuerpo contrahecho. Unas piernas cortas y curvadas sostenían un cuerpo compacto, de espaldas cargadas. Sobre él, apenas sin cuello, una desproporcionada cabeza contenía el más horrendo rostro de los mostrados hasta el momento. Formaba una terrible mueca acentuada por la fealdad de aquella curva nariz y orejas casi más altas que el propio gorro roído que dejaba entrever mechones de pelo enredados y pringosos. Los ojos se ocultaban en unas cuencas hundidas y un ceño fruncido, sin ocultar por ello su intención. Te miraban, realmente te miraban, penetrando en ti. Aquello no era una simple ilustración de libro, allí había algo, tenía forma, profundidad, vida. Allí había un terrible duendecillo embutido en un uniforme infantil. Irónicamente infantil, sarcásticamente infantil.

Cerraste y arrojaste con fuerza el libro al suelo y fuiste con prisa a tu cuarto. Te acostaste aturdido y asqueado, incluso asustado, no sólo por la ilustración, sino por lo que aquella te había producido. Te dormiste pronto, pero tu descanso no fue reparador en absoluto.

Estuviste en todo momento navegando en aquella desagradable sensación que se produce cuando te sitúas en el límite entre lo onírico y el despertar. Tu mente era bombardeada con frecuencia por imágenes de tu pasado. Los bellos recuerdos eran distorsionados a lo grotesco y los menos buenos se mostraban con claridad pasmosa. Fueron en la mayoría imágenes de tu infancia de las que ni tan siquiera tenías constancia. Imágenes entremezcladas con aquella escabrosa noche parisina y algún trazo del grabado del libro. Te sentías sumergido en un agua, en una terrible piscina en la que, por más que nadabas, no hallabas superficie. Tras varios intentos fallidos, conseguiste llegar a la superficie, despertando bañado en un sudor frío, pero acalorado aun así. Estaba amaneciendo y el sol comenzaba a iluminar tenuemente la habitación, suspiraste con alivio. Poco duró. Giraste la cabeza a la izquierda, y el tiempo pareció congelarse. Allí estaba, sentado con malicia en el borde de la cama, con la misma terrible mueca que presentaba en el grabado del día anterior. Trataste de volver a nadar, salir a la superficie, pero ya te hallabas en ella. Quizás hubiese sido mejor dejar que te ahogaras. Sí, seguro que sí. Porque desde entonces esa grotesca criaturilla te ha acompañado. En cualquiera de tus movimientos, en cualquiera de tus decisiones. Siempre sobre tu hombro. Con su inaguantable voz susurrándote al oído, moviendo en todo momento tus hilos. Y a esto has llegado. A tener que arrojar un cadáver por un acantilado y a sumergir tu camisa en lejía con la esperanza de que se borren las manchas de sangre. Y no es la primera vez, y por desgracia, tampoco la última.

Quizás contra tu voluntad, aquella noche dormiste larga y tendidamente. Cuando despertaste ya no estaba sentado a tu izquierda, ni en ninguna otra parte. Había desaparecido. ¿Para siempre? No te lo planteaste. Respiraste con alivio y tu vida continuó como antes de todo. El tiempo corría con una rapidez pasmosa. Te sentías extremadamente ligero, no era pequeña la carga de la que te habías librado. Incluso comenzaste a frecuentar la iglesia del pueblo, al principio por matar el tiempo, nunca habías sido demasiado religioso. ¿Ateo? Agnóstico. Tampoco te metías demasiado en la materia. Pero con el tiempo comenzaste a visitar al sacerdote. Sí, las charlas con él eran reconfortantes, te ayudaban a limpiarte por dentro. Aunque por supuesto ni mención de los crímenes. Pero incluso llegaste a nombrar a tu mujer. Todo un logro. Eso era algo superado, ¿o latente? De todos modos ahora el río estaba calmo. Un remanso. ¿El último? Por supuesto que no.

Un día de misa, justo mientras la consagración, oíste una voz detrás de ti. “Hipócrita.” Apenas un leve susurro, que de todos modos conservaba el hiriente timbre. Tragaste saliva. Trataste de no inmutarte, de hacerte creer que era una mala pasada de tu cabeza, y sí lo era, pero no por ello menos importante. Su charla comenzó.

- Predicando bondad a un puñado de fieles que toman su palabra en serio, como si fuese traductor divino. Pero nada de eso. Un hipócrita eso es lo que es. No cree más de la mitad de lo que dice y hace. Transubstanciación. ¿Qué se puede esperar de alguien que hace devorar las carnes de su maestro? Palabrería, pura palabrería...

Que no lo pronunciara, que no lo dijese.

- No merece todo lo que tiene. Una vida a costa de los demás...

Que cambie de tema, que no lo pronuncie...

- Merece lo peor...

No...

- Merece morir.

Sí. Y no fueron esos los únicos argumentos. No se conformó con eso. Sacar de contexto, doblar la realidad, jugar con las palabras a su voluntad. Esa era especialidad, envolver tu mente en palabras hasta que la asfixia te volviese loco. Aún así, no te convenció, nunca lo había hecho. Tampoco era necesario, a las dos noches estabas frente a la iglesia, con tu cuchillo en el bolsillo. Sólo para que cerrase la boca. Eso te decías. El remedio no era peor que la enfermedad. Iba a ser la última vez, eso prometió.

La puerta chirrió pesadamente. La iglesia estaba desierta, cubierta de imperturbables sombras, exceptuando ciertas zonas en las que una tenue luz se colaba por las cristaleras, y el altar, con algún cirio aún encendido. Todavía no había recogido los utensilios de la última ceremonia. Volvería. Siempre lo hacía. En el cáliz quedaba algo de vino rojo y espeso. Te sentaste en uno de los bancos, mirando al altar, con la cara hundida en las solapas de la gabardina. Tu silueta descubría a un simple feligrés que a mitad de noche corría arrepentido a refugiarse a la sombra de la cruz con mil plegarias. Y acertaba en la oración. Rezabas con amargura. Que se fuera, que te dejara, que callara. Pero no. Estaba, y seguía con su palabrería, dando instrucciones, razones, siempre había razones, buenas razones. Que cerrase su boca, y sólo había un modo.

El cura entró en la iglesia. Te vio, pero no se detuvo, había confianza. Comenzó a hablarte mientras recogía las flores. Tú te levantaste por orden de la criatura. El sacerdote apagó un cirio, blanco, inmaculado, sin apenas cera derretida. Te acercaste. Apagó otro. Subiste al altar. Uno más. Lo tenías frente a ti. El último. La iglesia quedó a oscuras, aunque la pobre luz que se filtraba por las vidrieras era suficiente para poder percibir las siluetas en el altar. La cruz coronaba la sala de manera imponente; el recinto entero estaba situado bajo la jurisdicción de un cristo famélico, con el rostro cubierto de

sangre y un gesto desgarrado hacia los cielos, donde su padre le miraba, te miraba, prediciendo todo. Pero no había que pensar. Un solo movimiento. De izquierda a derecha. Tomaste el cáliz y le golpeaste con fuerza en la nuca. Cayó al suelo. El cáliz derramó la sangre de cristo que se entremezcló con la del cura. No te preocupaste de nada.. Levantaste la cabeza al cielo y suspiraste con alivio. Esta vez no dejaste que los remordimientos te consumieran. Fuera prejuicios, fuera estúpidas morales de compasión y piedad. Pensar objetivamente Todo había terminado, se iría y te dejaría, podrías volver a tu vida, olvidar todo. Pero su cara no indicaba eso.

- Remata.-te miró el bolsillo.-

- ¿Qué?

- Acaba lo que has empezado. ¿Realmente crees que con ese golpecito te has quitado al maldito predicador de encima? Pronto recobrará la conciencia y huirá. Sí, huirá a contar lo ocurrido. Entonces no sólo te tendrás que ocupar de él sino de todos los que con él estén. Ten un poco de previsión. ¿Para que se supone que llevas el cuchillo?

Lo sacaste y lo sostuviste en tus temblorosas manos. Diste la vuelta al inmóvil sacerdote. Era incómodo observar una cara inerte e inexpresiva que en otros tiempos te miró y habló. Un escalofrío te recorrió. Una sensación similar a cuando el forense levantó la sábana en el tanatorio. Pero tenías que acabar. El molesto duende te miraba con impaciencia. Observaste la garganta del sacerdote, custodiada por su alzacuellos, immaculado. ¿Tenías que rebanársela? ¿Se suponía que era tu modus operandi? Sí. No podías pensarlo. Un solo movimiento. De izquierda a derecha. Oíste el desgarrar de su tráquea justo antes de sentir el golpe de la sangre bombeada de la carótida. El vino se diluyó al máximo. Dejaste caer el cuchillo. Ahora sí. Fin. Te levantaste con lentitud. Una nueva sensación te llenaba. No estabas orgulloso, pero sí satisfecho. Se había ido.

Te había dejado para siempre. No tendrías nunca más que soportar su chillona voz rebotando una y otra vez en tu cabeza, ¿o sí?

En el altar, con los brazos cruzados, negaba con la cabeza una y otra vez con gesto de desaprobación.

- Mira detrás de ti. Observa lo que has hecho. ¿Realmente crees que acción digna?

No podías creerlo. ¿Qué pretendía?

- Un sacerdote. Un inocente sacerdote. Degollado en la propia casa de su dios. Cruel, ¿no?

No te salían las réplicas.

- ¿Qué mal hizo en su vida? ¿Predicaba mentiras? ¿Cómo puedes estar seguro? Y si así lo hiciera, ¿razón para matarlo de tal modo? ¿Crees que acción semejante merece que pongas esa cara de indiferencia?

Colapso. El río había desembocado y ahora flotabas en un inmenso mar, confuso, perdido. ¿Bien y Mal? ¿Mal y Bien? Todo mezclado, disuelto y confundido. Observaste el cadáver. Te llevaste las manos a la cabeza. No sabías que hacer, dónde mirar, qué decir. Finalmente lo miraste.

- No pongas esa cara de desesperado. No te provoques autocompasión. Sabes la solución. Sabes quien debe tener el cuello rebanado. Tú eres el culpable.

¿De qué?

- Si, tú eres el culpable.

De pronto de entre las sombras comenzaron a salir cientos, sino miles de duendecillos, todos coreando la misma tonadilla de manera monótona y por ello terriblemente penetrante.

- Tú eres el culpable.

Tenías el cuchillo en la mano. No fuiste consciente de cuándo lo cogiste. Te acorralaban. Comenzaste a caminar hacia atrás. La tonadilla tomaba más y más fuerza. Rebotando en tu cabeza. Incesante. Eras incapaz de hablar, de pensar. En esos momentos no eras.

Tropezaste con el cadáver y caíste de espaldas. Rodeado, en el suelo, indefenso. Todo parecía aumentar de tamaño, mientras tu empequeñecías.

- Tú eres el culpable.

Sabías cómo hacerles callar, a todos.

- Tú eres el culpable.

No pensar.

- Tú eres el culpable.

Un solo movimiento.

- Tú eres el culpable.

De izquierda a derecha.

Y así fue.

Las voces cesaron. Las sombras te envolvieron. Sentías tu cuerpo convulsionarse cuando tus pulmones trataban de inspirar. Ya no había duendes, ni altar, ni iglesia. Rodeado de oscuridad, en el vacío, rodeado de nada. Pronto un cuerpecillo comenzó a avanzar hacia ti. El mismo gesto sarcásticamente inocente de siempre. Te miró. Estalló en una carcajada sonora. Pudiste entender algo de lo que pronunció entre risas.

- ¡Picaste! ¡Todo fue una maldita broma y picaste! ¡Picaste!

Maldito duende.